

Yuval Noah Harari, *21 lecciones para el siglo XXI*, 2018, México, Debate, Penguin, Random House, 397 pp.

RECEPCIÓN: 6 de diciembre de 2018.

APROBACIÓN:

DOI: 10.5347/01856383.0129.000294424

En este nuevo libro, Harari nos hace pensar en los problemas de nuestro presente. Se trata de culminar el análisis de lo que ha explorado en sus obras anteriores. Si los animales devienen dioses, como decía en su primer libro, o si el futuro de la vida humana se sitúa en el plano de las máquinas y la ingeniería genética donde parece que la vida dejará de ser “humana” para ser casi literalmente robótica. En el siglo XXI, que constituye nuestro presente, lo que está en juego es el futuro mismo de la vida humana.

Harari comienza analizando la tecnología en la que estamos inmersos. Las condiciones de desarrollo han llevado a situaciones en las que los seres humanos son prescindibles. Las máquinas suplen la mano de obra. Cada vez encontramos más jóvenes que no tienen oportunidad de desempeñar un trabajo digno y bien remunerado. Las causas son varias. Por un lado, el mundo cibernético actual permite hacer operaciones a distancia que no requieren la intervención humana. Basta que haya alguien que domine una computadora, y desde casa, con las redes y el internet, hace el trabajo que antes hacían ocho personas. Por otro lado, en un mundo globalizado se exigen títulos y calificaciones doctorales y posdoctorales que excluyen a millones del mercado de trabajo. Finalmente, la acumulación de riqueza en pocas manos y en pocas naciones deja fuera de la competencia y sin oportunidades a la mayoría de la población.

Harari pone el dedo en la llaga cuando dice que en ese mundo de desempleo y acumulación de riqueza en pocas manos lo que podemos esperar es la violencia. Migraciones, revueltas, delincuencia, son una constante en la vida contemporánea. Hoy, los seres humanos han perdido mucha de la libertad que pregonan. Reducen su vida a obedecer las pautas que los medios establecen. Las

llamadas redes sociales mimetizan, tornan conductas aberrantes en paradigmas, inventan relatos que solamente buscan vender una imagen, pero jamás promueven las elecciones racionales. *Sapiens* se ha vuelto más *Faber* que nunca. La desigualdad prevalece porque ahora quien maneja y controla los datos es quien tiene el mando, el poder. Justamente la actitud del “sabio” es llevar un registro de los seres humanos calificados y los no calificados en la era de los datos. Los datos personales los conoce todo mundo a la luz de la exposición en plataformas como Facebook. Nadie sabe quién está viendo qué respecto de otros. Somos vigilados, inducidos y manipulados constantemente. Por eso, Harari dice que en la era de los datos lo que se muere es la comunidad. El ser y estar al lado del otro pierde sentido. Los amigos son “me gusta” que solamente se expresan como relatos narcisistas en los que unos dicen estar interesados en una persona que puede pasar toda una vida sin tener contacto directo con los que se encuentran ahí, en el mundo virtual.

Hemos alcanzado la dimensión de la civilización mundial, porque una es la ciencia, una es la técnica y una la forma tecnológica que predomina en el mundo. De suerte que si alguien enferma en Tokio de cáncer, será tanto como el enfermo de cáncer en San Diego. En un lugar u otro se aplicarán radiaciones o quimioterapias, o se ofrecerán medidas alternativas hasta que los individuos sean desahuciados. La civilización entendida como “modo occidental laico” choca, desde luego, con los fanatismos islámicos, cristianos, judíos, para los que las decisiones sobre la vida o la muerte derivan de las creencias que se tienen. No es igual ser liberal laico y estar a favor del aborto, que ser un musulmán que considera que una mujer ni siquiera tiene derecho a mostrar su rostro o a votar.

Las civilizaciones no chocan como pensaba Huntington porque los sistemas financieros y económicos son mundiales. También es verdad que los modos políticos cambian y que hay conflictos como el terrorismo. Pero el terror mata menos personas todos los días que la contaminación. Hay más muertos a causa del tabaco que a causa del terrorismo. Harari afirma que el terror es un invento occidental para separar a los que entran respecto de los que no entran en una sociedad, para mantener fuera a los pobres e indeseados y darle poder a un grupo sobre otros. Los problemas globales ponen en peligro la vida en la Tierra y las respuestas globales ignoran esos problemas en la medida en que los intereses económicos impiden que eso ocurra. La idea de Dios sirve a las naciones para que unos dominen a otros. De hecho, dice

Harari, la religión es un cuento que se impone a los niños para que haya disciplina, obediencia, nacionalismo. No existe Dios, sino la idea de un Ser sabio y bueno que nos venden con el propósito de hacernos dóciles. La forma darwinista, materialista y escéptica de Harari se pone de manifiesto cuando se ve que los relatos solamente diseminan falsedades para que haya jerarquías que modelan comportamientos de masas.

Algunas culturas son mejores que otras. Ese es el mito judío, por ejemplo. Más los seres humanos son sumamente ilusos al pensar que son el centro del mundo. Dice Harari: “La mayoría de la gente cree ser el centro del mundo y su cultura, el eje de la historia humana. Muchos griegos creen que la historia empezó con Homero, Sófocles y Platón, y que todas las ideas e invenciones importantes nacieron en Atenas [...] Los nacionalistas chinos replican que la historia empezó en verdad con el Emperador Amarillo y las dinastías Xia y Zhang [...] Los musulmanes piadosos consideran que toda la historia previa al profeta Mahoma es en buena medida irrelevante” (p. 204).

Por supuesto que los franceses, británicos, estadounidenses, rusos, japoneses están convencidos de que la humanidad había vivido en la barbarie e inmoralidad antes de que sus moldes occidentales e ilustrados se diseminaran por el mundo “civilizado”; mas el ser humano no es civilizado. Hace guerras, frena a los inmigrantes, practica el racismo (jamás un león es racista con otro león), asesina, maltrata a las mujeres. Desarrolla una ciencia cuya forma práctica ha depredado a la naturaleza, por el uso del carbón y sus derivados naturales. El medio ambiente está devastado y los ecosistemas están en desequilibrio. Ese egocentrismo ha hecho pensar a los propios judíos que ellos encarnan la palabra de Dios y que son el pueblo elegido por Dios. Dice Harari: “Una vez tuve un profesor de yoga en Israel que, en la clase introductoria, explicó con toda seriedad que el yoga lo inventó Abraham, ¡y que todas las posturas básicas del yoga se derivaban de las formas del alfabeto hebreo!” (p. 205). Si algo caracteriza al ser humano es la falta de sentido solidario, su afán de competencia, el terrible individualismo reflejado en el sistema económico capitalista y salvaje. Agrega Harari, en su tono siempre de mofa inteligente, naturalista, directo: “Hoy en día, los científicos señalan que en realidad la moral tiene profundas raíces evolutivas anteriores en millones de años a la aparición de la humanidad. Todos los animales sociales, como los lobos, delfines y monos, poseen códigos éticos, adaptados por la evolución para promover la cooperación del grupo. Por ejemplo, cuando los lobeznos juegan

entre ellos siguen normas de ‘juego limpio’. [...] En los grupos de chimpancés se espera que los miembros dominantes respeten los derechos de propiedad de los miembros más débiles [...] Los simios no solo evitan sacar ventaja de los miembros débiles del grupo, sino que a veces los ayudan de manera activa” (pp. 210, 211). Mucho antes de que los diez mandamientos existieran, los babilonios ya los habían establecido.

No es lo mismo ser seglar, laico, persiguiendo valores como la verdad, la igualdad, la libertad, la responsabilidad, que seguir relatos religiosos que separan a musulmanes de cristianos, de judíos y del resto. Algo ocurre en el cerebro humano que necesita esos relatos religiosos que solamente son relatos, dice Harari. Es preferible seguir los edictos que derivan del sufrimiento humano que los que dicta algún Dios. Si en nombre de ese Dios se prohíben las relaciones homosexuales y alguien pregunta por qué no tener relaciones con una cabra, Harari arguye que una relación entre dos seres humanos persigue valores como la comunicación o el intercambio espiritual, afectivo e intelectual, y eso no se logra con una cabra. El incesto genera daños psicológicos. Esas razones son mejores que prohibiciones basadas en la fe en algún Dios y sus leyes. Del aborto y la eutanasia es más el daño que se causa prohibiendo libremente a la gente decidir que imponiendo formas que aparte de punitivas marcan a un ser humano como errado y excluido o digno de perdón, como si de un apestado se tratara. No es lo mismo ser laico como alguien que no cree en Dios (Stalin), a definirlo como un ser humano que rechaza los dogmas acientíficos y se compromete con la verdad, la compasión y la libertad (Stalin no es laico en ese sentido). Todo depende de cómo se definan las palabras. Somos seres de palabras y definiciones, y lo que nos hunde es la pretensión de que nuestras palabras son representantes de las verdaderas definiciones. Sin embargo, los seres humanos están muy lejos de la verdad, están inmersos en una profunda ignorancia de todo. Las verdades son consensos entre amigos que se encierran en sus clubes y solamente se escuchan en sus cajas insonorizadas, sin atender lo que dicen quienes no piensan como ellos, pues esos son enemigos. A la mayoría de las personas no les gustan los hechos. La ciencia les repugna y prefieren sus dogmas. No estemos tan seguros de que podemos convencer a los miembros del Tea Party del calentamiento global. La estupidez humana es enorme.

Harari sigue en su recorrido por la denuncia. La justicia es lo más ajeno. La verdad desconoce la ignorancia imperante. La fe solo es relato para el poder

de unos y la exclusión de otros, y promueve guerras todo el tiempo. Vivimos en medio de redes que difunden noticias falsas, pero nos gusta creerlas. Atacamos a quien no piensa como nosotros y pone en riesgo nuestros intereses.

El ser humano es un *Homo sapiens* de la posverdad que crea ficciones y cree en ellas. La vida en la ficción origina un Hollywood de películas, series, novelas, rambos, cuerpos perfectos, monstruos terribles, que viven en el sistema límbico de nuestro subconsciente. Los cristianos creen que Cristo es hijo de Dios, que decidió que naciera como una forma de vida basada en el carbono en algún lugar de la Vía Láctea, pero no pueden probar nada. Los musulmanes creen que Mahoma fue elegido por Dios para revelar la verdad, sin que se pueda probar nada. Los judíos creen que Dios le dictó las leyes a Moisés, sin poder probar nada. Todo es *hocus pocus* en la industria de la fe.

Al final, podemos decir que el de Harari es un texto materialista, evolucionista, irreverente y hasta ofensivo, por decir lo menos. Empero, hay destellos de gran lucidez. Nadie puede poner en duda que hacen falta la tolerancia, la meditación, el sentido crítico, la humildad, la aceptación de que no somos poseedores de la verdad universal, y la invitación a humanizar las ciencias y la tecnología. Se trata, pues, de un libro muy sugerente, digno de leerse, como es necesario aplicar al mismo texto el sentido crítico.

Harari termina diciendo, con un gran pesimismo sobre el futuro: “Con la mejora de la tecnología ocurrieron dos cosas. En primer lugar, mientras los cuchillos de sílex evolucionaron gradualmente hacia los misiles nucleares, se volvió más peligroso desestabilizar el orden social. En segundo lugar, mientras las pinturas rupestres evolucionaron gradualmente hacia las emisiones televisivas, se volvió más fácil engañar a la gente. En el futuro cercano, los algoritmos podrían completar este proceso, haciendo imposible que la gente observe la realidad sobre sí misma. Serán los algoritmos los que decidan por nosotros quiénes somos y lo que deberíamos saber sobre nosotros” (p. 345).

JOSÉ MANUEL OROZCO GARIBAY
Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM